

DUQUESA DE MEDINA SIDONIA

Se la llamó la *duquesa roja*. En seguida, después de pasar un exilio de seis años en Francia, se la creyó convertida a algún radicalismo característico de los universitarios que vivieron las jornadas parisienses de mayo del 68. Sin embargo, esta aristócrata (separada desde hace años y con tres hijos), renegada de su clase y sus prejuicios, intelectual y rebelde, solitaria y escandalizadora, se muestra mucho más afín al pensamiento de las derechas que al de las izquierdas y más cercana al azul que al rojo legendario que adornó su fama.

10 ENE. 1982

Está escribiendo un libro —uno más— sobre su antepasado Gaspar Alonso, duque de Medina Sidonia, que en 1641 habría intentado convertir a Andalucía en reino independiente. El verbo está en potencial porque para Luisa Isabel Alvarez de Toledo y Maura, última duquesa de Medina Sidonia (amén de varios títulos más), la sublevación andaluza de los tiempos de Felipe IV y el conde-duque de Olivares ni fue tal, ni Gaspar Alonso se puso a su frente. El tema es, simplemente, un mito. Y como tal hay que pulverizarlo. En el fondo, se trata de una actitud eminentemente práctica, actual: «La historia no ha cambiado: el hombre de la época de Alfonso X tenía la misma capacidad intelectual y los mismos defectos y las mismas virtudes que el hombre de nuestra época. Por eso, desmontar los mitos de la historia nos permite desmontar los mitos que nos vayamos creando de nuestra propia realidad».

Tiene alrededor de quinientos folios escritos, a mano, prolijamente. En ellos ha reconstruido una época, y la ha atravesado de una densa malla de datos económicos, estadísticos. «Entonces la sal era la explotación de Sanlúcar, y no el vino, como se dice. La sal incluso se exportaba». Y, de rebote, se extiende sobre la política de aquellos tiempos y sobre las relaciones entre Felipe IV y su famoso ministro.

Aquí, en Sanlúcar de Barrameda (plaza de los Condes de Niebla, 1, y este nombre ya crea todo un clima), se levanta su viejo palacio, en cuya segunda planta está instalada la sala de trabajo, que en realidad parece más un cuarto trastero que un despacho. El lugar es, además, antesala del enorme archivo, donde («prohibido fumar», «prohibido hacer fotos con flash») se acumulan millares de documentos históricos que datan desde el siglo XIII y que Luisa Isabel acaba de clasificar. Hasta el fulgor y la leyenda de Guzmán el Bueno (otro antepasado) relumbran en estos papeles, que se pueden deshacer a la primera brisa que se cuele por las ventanas.

Há y polvo y desorden en el despacho de la duquesa («la duquesita», como precisaron dos o tres campesinos de Sanlúcar a quienes preguntamos por el lugar). Un desorden muy intelectual. Cuando empieza a oscurecer, trabaja a la débil luz de una lámpara precaria, toque esencial para terminar de caracterizar el ambiente. Y mientras trabaja —ya sea de mañana, de tarde o de noche—, saca un cigarrillo tras otro de las cajetillas de negro que se desparraman sobre la superficie del escritorio. Y bebe —también incensantemente— agua mineral o gaseosa.



Cuando desaparezcán las flores de plástico

El palacio no lo vio nacer. «Mi familia había emigrado a Portugal. Fue cuando se declaró traidores a todos los grandes de España, después del asunto Sanjurjo. Se instalaron en Estoril, y ahí vi la luz, el 18 de agosto de 1936. Pisé España por primera vez en el otoño de 1939, poco después de terminada la guerra civil. Pero mi padre había vuelto antes, durante la guerra. Era falangista».

Tiene, pues, 45 años. A los treinta ya andaba metida en ese sonado escándalo que fue Palomares y que la haría célebre. Las bombas atómicas que en enero de 1967 cayeron accidentalmente desde un avión yanqui en las cercanías de ese pueblo de Almería, no llegaron a

estallar, pero lo que sí estalló (y prácticamente por todo el mundo) fue el nombre de Luisa Isabel, a quien desde entonces se apodó la *duquesa roja*. Aunque ella niega haber sido nunca roja, lo cierto es que el apodo le venía como anillo al dedo, en una época en que liderar un movimiento de protesta popular que exigía responsabilidades por lo ocurrido y la acción inmediata del Gobierno en la zona no podía ser considerado como otra cosa que grave alteración del orden público y algo que rozaba los límites de la subversión.

«A Palomares llegué un poco por casualidad. Fui porque necesitaba documentarme para una novela que estaba escribiendo (*La huelga*), y allí hice amistad con la gente del lugar. Poco después ocurría lo de las bombas, y me llamaron. Acepté, ya que si hay algo en la vida que me molesta es, fundamentalmente, la injusticia».

Palomares no sólo le dio renombre: también seis meses de cárcel y, posteriormente, un exilio de seis años (entre 1970 y 1976) mitad en París y mitad en el País Vasco francés. En la Ciudad Luz ofreció numerosas conferencias, y al calor de sus estrechos contactos con los medios estudiantiles contestatarios, la convirtieron en maoísta. Ella lo niega. En general, niega todo ese fervor romántico que nació en mayo de 1968 en las calles parisienses y que llenó los primeros años de la década de los setenta, hasta morir, precozmente, de muerte natural: «No vi personalmente el mayo francés. Pero aquellos sucesos me parecieron muy folklóricos. Tuvieron tres días para tomar el poder y no lo hicieron. Luego ya la cosa quedó pudriéndose, hasta que se acabó. Fue una revolución. Me contaba gente que no tuvo nada que ver que por el barrio latino, al amanecer, todos se iban a dormir. Y a las ocho o nueve de la noche volvían a levantar las barricadas. Hasta que venía la policía, y vuelta a empezar. Pero yo no creo que este tipo de cosas, la algarada, nos lleve a ninguna parte. Y una revolución y una algarada se parecen mucho, aunque por desgracia siempre terminan matando a los que hicieron la algarada».

Por esa época leyó de todo: de la ultraizquierda a la ultraderecha. De todos tomó un poco. Y de Marx quitó más que tomó. «No concibo cómo nadie todavía se abocó a la empresa de explicar el inmenso error en que consiste la teoría de la plusvalía» (y aquí desarrolla un complicado razonamiento de su cosecha que, obviamente, se queda en el magnetófono). Tampoco se muestra muy convencida con la teoría marxista de la historia y la sociedad: «No tengo yo un gran sentido/PASA A PAG. 24

Texto y fotos:
Ricardo Dessau y Alfonso Domingo

MEDINA SIDONIA

VIENE DE PAG. 23/de las clases. Tengo más bien un sentido de personas. Porque si un señor es hijo de p... obrero, seguirá siendo hijo de p... aunque sea obrero. Y lo mismo si se trata de un duque».

¿Cree la duquesa en las elites culturales? «Evidentemente, para mandar es mejor tener a un señor que sepa, que a uno que no sepa». Confiesa que «es cierto que el pueblo no tiene ni idea de la OTAN». Aunque también añade: «¿Pero por qué no se lo explican? ¿Para qué está la televisión? Pero que se lo expliquen de verdad, sin tirar la manta ni para uno ni para otro lado». Aristócrata, sí. Y gattopardista: «En la OTAN van a usar un poquito la política de los Medina Sidonia: elevar el nivel de vida para que no nos muramos de hambre, para evitar el estallido revolucionario».

Si en algo coincide con Marx es en que «lo más urgente es la economía». Pero en este sentido: «Se debe explicar a los obreros el proceso de formación de los costos, el problema de los almacenamientos, las crisis económicas». Todo queda, pues, en una cuestión de educación. Y en cuanto a la Revolución (la rusa, por ejemplo), «fue lógica, y es lógico el sistema que tienen los rusos, porque es la continuación del sistema que tenían antes de la Revolución. Ahora un ruso no puede ir de una provincia a otra sin pasaporte. A un ruso, lo que le chocaría es que de pronto le dijeran que se puede pasear por Rusia: "¿Y eso por qué?", diría. Es otro mundo». Con todo, la duquesa no cree en la inexorabilidad del proceso histórico, en que la Unión Soviética tenía que ser lo que es: «Quizá si Trotsky, que era un militar, se hubiera quedado... Trotsky era inteligente y, desde luego, un gran técnico. Sin él no hubiera habido Revolución en Rusia».

No vaya a creerse que Luisa Isabel, después de sus tumultuosas experiencias de juventud, ha caído en el escepticismo respecto de las izquierdas. Al menos, no del todo. Así, hablando de las previstas elecciones de 1983, llega a decir: «Si el partido socialista tuviera la suficiente gente preparada y honrada para llenar los puestos de Gobierno, estaría muy bien. En ese caso, aunque se tomaran determinadas medidas socializantes, se tomarían bien, se tomarían inteligentemente. Y no arruinarían al país. Pero si no, iba a ser la catástrofe triple, porque sería quitarle tú que me pongo yo».

Gente preparada y honrada: este es el quid para la duquesa, esta es su obsesión. En la «preparación» y «honradez» insiste a cada momento de la entrevista, en cada uno de los temas que se tocan.

¿Piensa la duquesa de Medina Sidonia que los socialistas poseen esos cuadros dirigentes, ese aval de seriedad? «Yo no le voy a contestar, pero puede usted preguntar por la calle a quien quiera...».

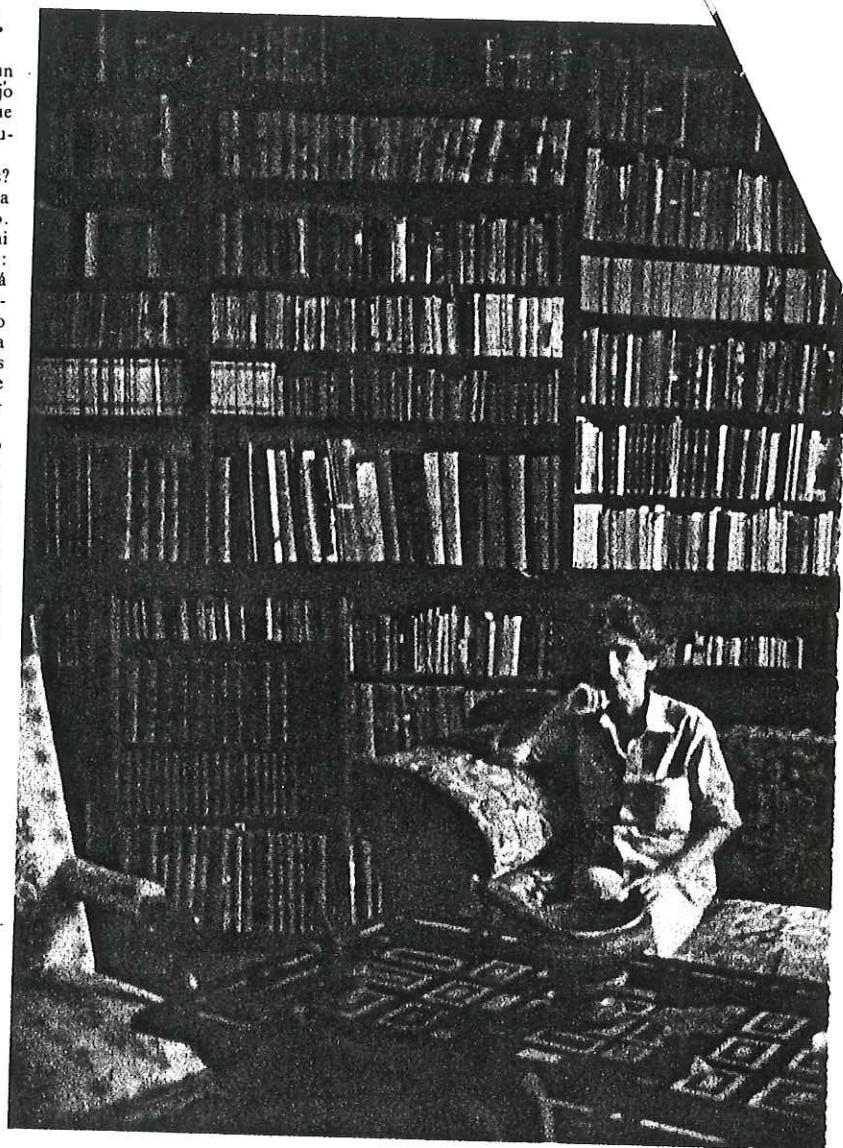
Ahora es la democracia la que se sienta en el banquillo (es sabido: lo de la inmortalidad, sobre todo la inmoralidad pública, ha servido innumerables veces de pretexto para los pronunciamientos militares; y si no, repáse la turbulenta historia hispanoamericana). Esa democracia a la que se le exige, de la noche a la mañana, la perfección: «Antes había unas leyes; buenas o malas, las había, y se cumplían. Ahora no sabemos a qué leyes atenernos. Ahora un señor pide una cosa que es perfectamente legal; por ejemplo, un determinado documento

público en la oficina número tres, y el burrito de turno dice no me da la gana dárselo, porque yo estoy defendiendo al señor que es del partido tal. Ahora tenemos una democracia en abstracto y 350.000 dictadores en cada pueblo. En una democracia lo primero que se respeta son las leyes. Yo sé lo que es una democracia, y aquí no se respeta ninguna ley. O se respeta para unos de una forma y para otros de otra. Esto lo estamos viendo todos los días. Esto es el castillo de Kafka, y dentro de poco será el proceso, que todavía era peor».

Luisa Isabel suelta una bocanada de humo y se queda mirándonos. Es, probablemente, su cigarrillo número cien. Nos preguntamos si esta mujer reconcentrada, recoleta, aislada dentro de su palacio (mejor, dentro de su cuarto de trabajo, ya que el resto del gigantesco edificio

permanece prácticamente deshabitado), esta mujer, que ha dado la espalda a su clase, a su medio social, a sus convenciones y a sus ritos, para dedicarse por entero a su vocación literaria e intelectual, nos preguntamos, en efecto, si tiene alguna salida, alguna válvula de escape para su vida de aristócrata anacoreta. Alguna, más allá de los diarios paseos por las playas de Sanlúcar, en compañía de su secretaria, la única persona (además de la asistenta) que mitiga su soledad dentro de la casa.

Hablamos ahora de la droga, pasadizo de evasión para no poca gente de hoy. «Si veo a uno de mis hijos (y tiene tres: dos varones de veinticinco y veintitrés años y una mujer de veinticuatro) con un porro, o se lo come o se va de casa. Es que la droga es un sistema muy barato para eliminar gente, porque además la pagan ellos



¿ES LA TIMIDEZ UNA ENFERMEDAD?

Confesión de alguien que fue tímido en otro tiempo

Siempre he experimentado una admiración secreta por G. Z. Borg. El gran dominio de sí mismo ante los exámenes en la Universidad y su tranquilidad innata cuando nos hallábamos en presencia de otros constituían para mí un perpetuo motivo de asombro.

Una tarde del pasado invierno me encontré con él con ocasión de una cena de antiguos alumnos, y el placer de vernos de nuevo, después de un lapso de veinte años, nos situó en trance de confesión y, naturalmente, sacamos a relucir nuestras vidas. No escondí el hecho de que la mía hubiera podido ser un tanto mejor de no haber sido siempre tan tímido.

Borg me dijo: "He pensado con frecuencia sobre esta paradoja. Las personas tímidas son, generalmente, seres superiores. Podrían realizar grandes empresas, y esto no es secreto para ellos. Pero esta falta les condena irremediablemente a vegetar en puestos mediocres e indignos de su valía".

"Por fortuna, la timidez tiene cura. Basta con atacarla de manera adecuada. Es preciso, ante todo, juzgarla con seriedad, como si de una enfermedad física se tratase, y no considerándola como producto de la imaginación".

Borg me informó entonces acerca de un procedimiento muy sencillo que regula la respiración, normaliza los latidos del corazón, relaja la garganta, impide el enrojecimiento del rostro y mantiene la calma incluso ante circunstancias muy embarazosas. He puesto en práctica sus consejos y pronto he tenido el placer de poder declarar que al fin me he visto libre absolutamente de mi timidez.

He participado este método a varios amigos y ellos han obtenido resultados sorprendentes. Mediante tal método, estudiantes han aprobado sus exámenes, viajeros de comercio han multiplicado sus ventas y hombres han sacado fuerzas de flaqueza para declararse a la mujer de sus sueños. Un abogado joven, que fallaba lamentablemente en el curso de su actuación y defensa, ha adquirido el arte de la respuesta aguda, que le ha proporcionado sobresalientes éxitos.

El espacio no me permite extenderme para ofrecer aquí mayores detalles; pero si usted desea lograr tal imagen de sí mismo, tal audacia de buena ley, que constituyen los ingredientes hacia el éxito en la vida, solicite a G. Z. Borg su librito titulado "Las leyes eternas del éxito". El se lo remitirá a quien quiera que ansie dominar la timidez propia.

He aquí su dirección: G. Z. Borg, c/o Aubanel Publishers, 14 Highfield Road, Dublin 6, Irlanda.

E. Soriano

METODO BORG

Sírvase recortar o copiar de nuevo este cupón y remitirlo a G. Z. Borg, c/o Aubanel Publishers, 14 Highfield Road, Dublin 6, Irlanda, y se le enviará, sin compromiso por su parte, el librito titulado "Las Leyes eternas del éxito".

Nombre

Dirección Nº

Población

Edad Profesión

El envío de este cupón por correo sólo cuesta 30 Ptas.

que son muy buenos porque no los entienden. Y no los entienden porque ese señor no ha dicho nada. Lo tremendo es que ahora se está repartiendo en los colegios. Lo tremendo es que hay profesores que lo consienten, cuando no fuman ellos mismos. Y lo tremendo es que esa gente siga en sus empleos».

Como novelista, la duquesa produjo, aparte de *La huelga*, otras dos novelas: *La base* (por Rota) y *La cacería*, todas ellas de fondo social y técnica realista. Los críticos no quedaron demasiado satisfechos con ellas, pero es que tampoco Luisa Isabel intentaba florituras literarias. «Dije lo que tenía que decir, y punto. Fueron novelas de denuncia, y en ese sentido creo haber cumplido con lo que me propuse. De momento, no pienso seguir dedicándome a la literatura».

A cierta altura de la entrevista, nos hemos trasladado hasta la planta baja, para recorrer los diversos salones del palacio. El salón de los embajadores es uno de ellos, con sus óleos, sus tapices, su fino mobiliario que resiste el paso del tiempo. Si uno levanta aquí un poco la voz, le responde el eco, y uno tiene miedo de levantarla por no convocar a los fantasmas. En seguida, lo que debiera ser el dormitorio de la duquesa, pero que ella no utiliza, como casi no utiliza ninguna dependencia de lo que constituye propiamente el cuerpo de la mansión. Cada vez que entramos en una habitación, enciende las luces como furtivamente y por unos pocos segundos, ya que «no sea cosa de que se funda la instalación». Especialmente peligroso en este sentido es el salón de los embajadores, que, por sus enormes dimensiones, exige una potencia luminosa muy superior a la que admite el sistema eléctrico de la casa.

Arriba otra vez, salimos a la espaciosa terraza. En ella, naturalmente, algunos tiestos con flores. «No dude, son de verdad. El día que desaparezcan las flores de plástico, habremos dado un paso adelante en la cultura». Desde aquí se domina, casi entera, Sanlúcar, sus techos blancos, la torre de la iglesia, aunque no se alcanza a divisar el mar. ¿Cuántas de las hectáreas aledañas pertenecerán a los Medina Sidonia? «Créame, hoy en día ya casi no poseemos nada, salvo este palacio y la casa de Santander donde nació mi madre». Sin embargo, recordamos haber leído hace un par de años algo acerca de un litigio que enfrentó a un amplio número de campesinos del pueblo con la duquesa por un problema de tierras. Y ella misma, en cierto momento, confiesa tener un contencioso pendiente de resolución judicial con algún arrendatario.

Duquesita la han llamado cariñosamente. ¿Pero tiene enemigos entre los hombres y mujeres del campo? «Lo de Duquesita me viene de cuando era niña. Y, naturalmente, como todo el mundo, tengo amigos y enemigos».

Volvemos al interior de la casa, y ahora estamos en el rellano de la escalera que lleva a la planta inferior. Junto a una armadura («es de imitación»), Luisa Isabel posa para el fotógrafo. ¿Ha sacado alguna riqueza de España? «Absolutamente nada. Al contrario, he metido». ¿Ha vendido algo de su patrimonio? «Sólo algunas acciones y una casa moderna que me regalaron mis abuelos cuando me casé. Este palacio está declarado monumento con todo lo que tiene dentro. Somos usufructuarios antes que propietarios. Y como tales, estamos obligados a conservarlo, de modo que a los demás les sirva para disfrutar y para cultivarse un poco. Para que tiren las flores de plástico, vamos...».

mismos, los que la consumen. Para empezar, el señor que se droga es un débil, ya que si no se drogaria. Es un señor que sucumbe a una moda o a un disgusto. Y ese señor va a quedar inhabilitado, porque eso de que el hachís no hace daño... A corto o largo plazo pasan a las drogas duras. Entonces se eliminan del mercado del trabajo y del mercado de la reproducción humana, voluntariamente y por su gusto. Personalmente, por supuesto, las prohibiría».

¿Y qué opina de los que se drogan para estimular su actividad creadora? Aldous Huxley lo hizo y lo contó en *Las puertas de la percepción*; Sartre tomaba anfetaminas; Kerouac, LSD, para no hablar de casos extremos, como el de Burroughs. «Si uno se toma dos copas, si se droga como un demonio, va a escribir una página. Luego salen esos libros que los críticos dicen